

Ortúzar, Ximena, **México y Pinochet. La Ruptura**, México, Editorial Nueva Imagen, 1986, 427 pp.

Desde hace trece años y medio, la patria de O'Higgins se encuentra convulsionada por una guerra no declarada entre el régimen espurio de Pinochet y el pueblo chileno. Desde entonces, México mantiene frente a la tiranía una actitud indisoluble a la defensa de los principios de autodeterminación y soberanía y repudia al fascismo y la intervención, ante lo que no cabe más que reconocimiento y apoyo. Hacer lo contrario sería aceptar implícitamente el ejercicio del terror y la tortura contra una nación hermana que lucha por la libertad y la justicia.

¿Cómo imaginar que nuestro país no reaccionara ante el derrocamiento de un gobierno legítimo y la imposición de otro que, en esencia, fue producto de la intervención extranjera? ¿Cómo suponer que el pueblo chileno sería abandonado al genocidio, práctica permanente desde el golpe de Estado contra Salvador Allende?

Ante los sátrapas no caben las vacilaciones. La ruptura de México con la junta fascista era inevitable, lo que no ha significado dejar en manos de los asesinos al pueblo chileno. El ejercicio del derecho de asilo y la condena ininterrumpida a la sistemática violación de los derechos humanos en Chile son acciones que lo confirman, y a las

que ahora se suman las gestiones de nuestro país ante las Naciones Unidas en favor de la libertad de Clodomiro Almeyda, ex-canciller de la Unidad Popular. Pero, ¿qué es lo que está en el fondo de la actitud de México?

A 12 años de la ruptura aparece *México y Pinochet*. Ximena Ortúzar, periodista chilena exiliada en nuestro país, nos ofrece un reportaje en el que, a partir de los testimonios de los seis principales protagonistas del rompimiento y del personaje ausente, Salvador Allende, recupera ese momento histórico de la política exterior mexicana. El ex-presidente Echeverría; los ex-cancilleres Almeyda y Rabasa; los embajadores Vigorena y Martínez Corbalá, y Hortensia Bussi de Allende, toman la palabra y nos narran el surgimiento de una efímera pero estrecha relación entre México y Chile; la inmediata reacción del gobierno de Echeverría frente al derrocamiento de la Unidad Popular y, una vez cumplido el compromiso con el pueblo chileno, la ruptura.

El libro cumple, en definitiva, su objetivo de rendir un homenaje a la política exterior de México. Sin embargo, su naturaleza periodística y testimonial —ciertamente de indudable valor— excluye el análisis de la autora sobre los hechos y, por tanto, las declaraciones emotivas de los protagonistas oscurecen las razones políticas que llevaron a Echeverría a estrechar vínculos con la Unidad Popular y, posteriormente, al rechazo de la dictadura.

Para América Latina, el triunfo de la Unidad Popular en 1970 no significó únicamente la primera victoria electoral de un presidente cuyo objetivo final era la construcción del socialismo, sino también el avance de las fuerzas progresistas que se revelan contra el yugo imperial que impunemente ha moldeado el acontecer histórico latinoamericano.

Salvador Allende, hombre decidido a transformar la estructura de dominación capitalista, presentaba un programa de gobierno que, por sus características antimperialistas, antimonopólicas y antioligárquicas, despertó las sospechas de Washington y del gran capital transnacional. De inmediato, se inició un proceso tendiente a desestabilizar al gobierno chileno. El anticomunismo del imperio no admite excepciones y poco a poco Chile se fue convirtiendo, como bien lo ilustrara Pablo Neruda, en el "Vietnam silencioso".

Las coincidencias entre la Unidad Popular y el gobierno de Echeverría no eran absolutas. Sin embargo, el marco político era propicio para el entendimiento y el acercamiento estrecho entre ambos regímenes. A nivel interno, Echeverría emprende una política de apertura democrática con el fin de relegitimar al sistema frente a los grupos disidentes. Hacia el exterior, la política se reformula y tiende hacia la diversificación y el fortalecimiento de las relaciones con el Tercer Mundo, con la intención de adquirir un papel protagónico dentro del bloque de los países en desarrollo. El acercamiento hacia Allende permitiría, entonces, corroborar los principios de la política exterior mexicana, a la vez que posibilitaría el apoyo a Echeverría de los sectores progresistas mexicanos identificados con el programa de la Unidad Popular.

Pero hay que destacar que la política de México hacia Allende no se limitó al discurso, sino que el acercamiento entre ambos gobiernos cristalizó en el apoyo moral y material al régimen chileno, en momentos en que el bloqueo y la intervención estadounidense hacían cada vez más inminente la caída de la Unidad Popular. Prueba de ello es la línea de crédito y la venta de trigo y petróleo que nuestro país ofrece a Chile, acciones que llevaron a Allende a sugerir:

Esto nos dice de la importancia de la conciencia latinoamericana. Esta es la nueva mentalidad, el nuevo espíritu que está brotando en América Latina y que nos permitirá entender que podemos unirnos y derrotar a los que tanto nos han explotado.

Once de septiembre de 1973: la sombra del fascismo cubre a la nación chilena. Desde el momento mismo del asalto al Palacio de la Moneda, las relaciones con Chile son letra muerta para México. Como señalara Rabasa:

No podíamos permanecer indiferentes ante el derrocamiento de un gobierno legítimo con el que teníamos afinidades.

Sin embargo, ¿cómo negar el asilo a cientos de chilenos que huían de la teratología y buscaban la protección del gobierno mexicano? Había que actuar de manera congruente con los lineamientos de la política exterior; poner en práctica la solidaridad latinoamericana; asumir el compromiso con Allende y su pueblo. Catorce meses después del golpe, México rompió con la dictadura, pero antes, entre 600 y 700 perseguidos chilenos fueron asilados en territorio mexicano.

El asilo provocó, en su momento, amplias críticas al gobierno de Echeverría, así como tiempo después, la ruptura fue calificada por ciertos sectores de la derecha mexicana como "incomprensible" y "extemporánea". Sin embargo, al margen de los motivos que influyeron en el acercamiento hacia Allende, ambas decisiones son resultado de la congruencia histórica de la política exterior mexicana.

La ruptura, como nos indicara Rabasa, no fue un capricho irreflexivo, sino que fue una decisión meditada y acorde con la Doctrina Estrada. Aun cuando México no se pronuncia en el sentido de otorgar reconocimiento a los gobiernos, es claro que al romper con la satrapía alentada por fuerzas externas, nuestro país implícitamente se manifestó en contra del fascismo y la intervención.

Al momento del rompimiento, el saldo del régimen de Pinochet es elocuente. Durante el primer año de la dictadura se cometieron 30 mil asesinatos y 40 mil detenciones, además de un sinnúmero de desapariciones y torturas; así nos lo informa el documento *Diez años de atropellos a los derechos humanos en Chile*, publicado en 1984 por el *Americas Watch Committee* y con el que culmina *México y Pinochet*.

Según el propio Pinochet, su gestión finalizará en 1989; mientras tanto, la guerra contra el pueblo continúa; pero México no abandona su compromiso con éste ni tampoco olvida las palabras que algún día pronunciará Salvador Allende:

... tenemos la certeza y la seguridad plena de que Chile sabrá siempre encontrar en la solidaridad de México, la mano tendida del hermano que vino a su casa y que puede ir a la suya, porque para nosotros – como lo dijera Pablo Neruda – “La casa sin puertas en la tierra y las estrellas de América son nuestra patria.”

*Mabel Gómez Oliver*